

1. Vocabulario (lo apropiado de las palabras)

Las palabras que elegimos para titular una exposición son la herramienta más eficaz de selección social de nuestros visitantes. ¿Qué sectores de la población irían a una exposición llamada *Deseo y género en la autorrepresentación postmoderna* y cuáles a la misma llamada en cambio *Autorretratos de mujeres a finales del siglo xx*?

Lo que ocurrió con la exposición *Arte degenerado*, organizada por comisarios nazis en 1937, nos dejó una lección perversamente útil. Irónicamente, aunque su intención fue denigrar el arte contemporáneo, la exposición terminó atrayendo más visitantes que la mayoría de las muestras que, desde entonces, se han organizado con el fin de promocionarlo. Por ejemplo, hace una década un museo tituló una exposición, por otro lado excelente, sobre la relación del arte contemporáneo con el cuerpo mortal y sexual *Arte abyecto*, término éste que, ya en el primer párrafo del texto de pared en la entrada, nos explicaban se había tomado prestado de las teorías de Julia Kristeva. El museo supuso que los visitantes entenderían la diferencia entre el uso que esta autora hace de la palabra en cuestión y el otro, el común. Después de ver la exposición entreoí la conversación de un grupo de señoras en la cafetería que comentaban cuán apropiado era el título de la muestra ya que, en verdad, este arte les parecía horroroso y deprimente, y pensaban que ya iba siendo hora de que un museo lo admitiera.

Algo similar ocurre en las cartelas y textos de pared. En un seminario que dicté el año pasado pedí a un grupo de comisarios de una exposición sobre una antigua nación que entrevistaran a ciertos miembros de su público acerca del significado de algunos términos utilizados en los textos de pared. Uno de éstos era “itifálico” (palabra técnica de la jerga arqueológica que designa una manifiesta erección en algunas representaciones masculinas, en este caso, votivas). Dos de mis respuestas favoritas fueron: “¿Un pene chiquitín?” y “¿un falo italiano?”. Hubiéramos esperado que el público aprendiera el significado del término viendo la exposición, ya que había un verdadero ejército de figuras de este tipo en la muestra, todas identificadas como itifálicas excepto, curiosamente, la más grande —aquella con la erección más imponente— se había descrito en la cartela como “soldado con falda corta”.

Nuestros problemas de vocabulario van mucho más allá del uso indiscriminado del lenguaje especializado. Incluyen también la utilización ambigua, o simplemente inadecuada, de palabras técnicas que tienen otro significado en el lenguaje común. En una encuesta de público realizada en un museo de arte moderno donde exponía Julio Galán, se pidió a los visitantes que definieran cuatro palabras que se encontraban en el texto de pared principal: “postmoderno”, “andrógino”, “plástico” y “estético”. No hace falta decir que la mayoría confesó no tener idea sobre las dos primeras, mientras que muchos asociaban la tercera con la materia de las bolsas y envases en general y la cuarta con los salones de belleza.

Y estas personas no son tontas. Simplemente no están familiarizadas con nuestra jerga. Durante una conferencia que dicté hace años sobre Jackson Pollock hice referencia a la relación de las técnicas de improvisación de la Action Painting con las teorías de Carl Jung, especialmente con el uso de la libre asociación en el psicoanálisis. Un analista jungiano de gran renombre, después de presentarse, me pidió muy educadamente que le explicara de nuevo qué relación podía haber entre tirar pintura al suelo y el método analítico. Estaba claro que este hombre sabía mucho más que yo sobre Jung. Aún así era incapaz de crear los vínculos que para mí eran obvios entre la técnica pictórica de Pollock y el método psicoanalítico.

2. Tono (quién habla y a quién se dirige)

Queriendo posicionarse lo más neutralmente posible, la escritura del museo resulta, en el peor de los casos, imcomprensible, y en el mejor, insoportablemente aburrida. Nadie asume la responsabilidad de la autoría. ¿Cuándo encontramos una firma en texto de pared o en un folleto? El estilo típico de la escritura museística evita el lenguaje evocativo, huye del tono



Entrada a la exposición de *Arte degenerado*.
1937-38